

vias de comer y de beber mi parte. Pero con tres ó cuatro partidas de sacanete *¡volaverunt!* Encontraos pues á la media de por filo en el terraplen del Puente Nuevo al pié del caballo de bronce, y hablaremos del negocio. Allá estaré yo descansado, despejada la inteligencia, ojo alerta, en una palabra, en el pleno goce de mis facultades. Entonces trataremos y concertaremos la cantidad, que debe de ser importante, pues estimo que no se incomoda á un valiente como yo para bribonadas de tres al cuarto, robos insignificantes ú otras fechorías de poca monta. Resueltamente el robo me aburre, y no me dedico más que al asesinato: es más noble. Se es carnicero leonino y no bestia de rapiña. Si se trata de matar, contad conmigo, y esto aun á condicion de que el atacado se defienda, pues son á veces tan cobardes las víctimas, que más provocan el hastío que el placer. Un poco de resistencia anima y da aliciente á la tarea.

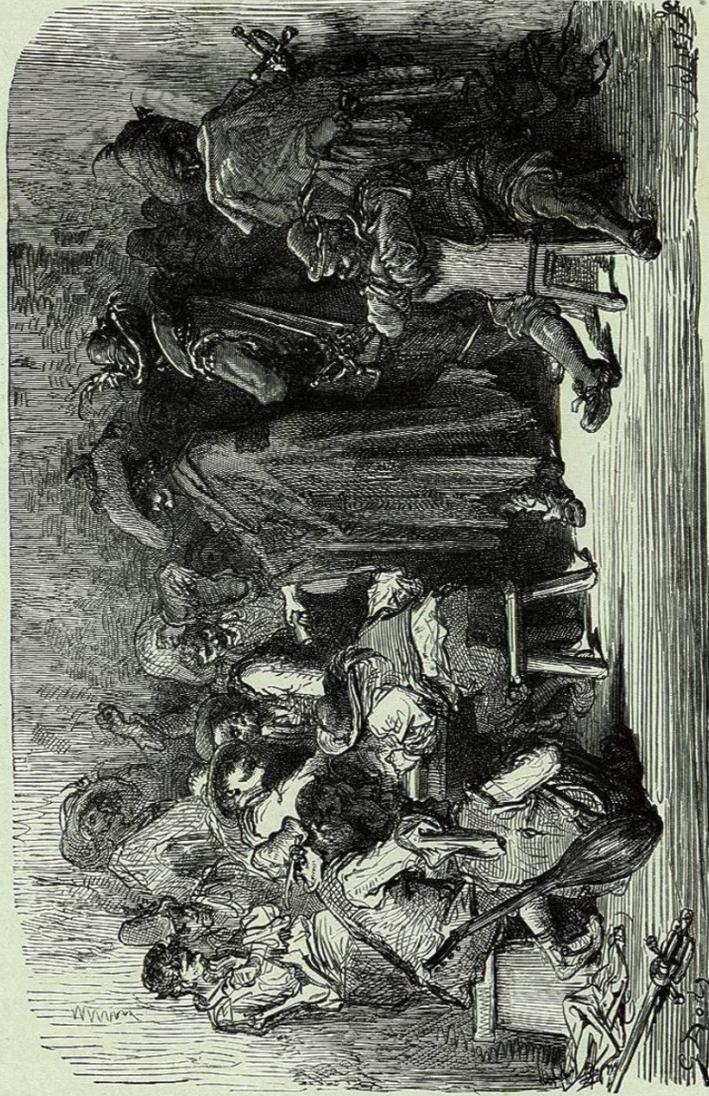
— ¡Oh! no te apures por eso, — respondió Merindol, haciendo vagar por sus labios una sonrisa de mal agüero. — Hallarás la horma de tu zapato.

— Mejor que mejor, — exclamó Lampourde; — hace mucho tiempo que no me he medido con nadie de mi temple. Pero basta. Vete, y déjame dormir.

Salido que hubo Merindol, Lampourde intentó, aunque en vano, volver á conciliar el sueño. Después de dar unos cuantos revolcones en busca de una posición cómoda para pegar los ojos, y no pudiendo conseguirlo por más que en ello pusiese su voluntad toda, el perdonavidas se levantó, sacudió bruscamente al compañero suyo que roncaba debajo de la mesa, y ambos encaminaron sus pasos hácia un garito donde se jugaba al sacanete y á la baceta, y cuya concurrencia la componian pisaverdes, espadachines, fulleros, lacayos, estudiantes y algunos incautos arrastrados allí por mujeres de vida licenciosa, infelices pichones destinados á ser plumados vivos. En la covacha no se oía más que el ruido de los dados al rodar dentro del cubilete y el refregon de los naipes enci-



SI SE TRATA DE MATAR, CONTAD CONMIGO.



LOS DOS SE DIRIGIERON Á UNA TABERNA DONDE SE JUGABA AL SACANETE Y Á LA BACETA.

ma de la mesa, pues los jugadores por lo comun son silenciosos, salvo, en caso de pérdida, que vomitan por su boca algunas interjecciones blasfematorias. Despues de favorables y contrarias alternativas, el vacío, hácia el cual la naturaleza y sobre todo el hombre sienten horror, quedó practicado en los bolsillos de Lampourde, quien, falto de dinero, quiso jugar sobre su palabra; pero esta no era moneda córriente en tal sitio, donde los jugadores, al recibir la ganancia, á manera de prueba mordian las piezas á fin de asegurarse de que los luises no eran de plomo dorado, y de estaño para fundir cucharas los testones. Forzoso le fué pues al espadachin marcharse pelado como una rata, despues de haber entrado dándose humos de gran señor y haciendo cantar las pistolas en su escarcela.

—¡Uf!—exclamó cuando el aire fresco de la calle le dió en el rostro y le devolvió su sangre fria,—héme ya á mis anchas; parece imposible lo que me marea y embrutece el dinero. No me extraña que los mercaderes sean tan estúpidos. Ahora que no tengo un sueldo, me siento despejado; las ideas zumban al rededor de mi cerebro como abejas en torno de un colmenar. De Laridon me trueco otra vez en César. Pero las doce dan en la Samaritana, y Merindol debe estar aguardándome delante del rey de bronce. Vamos allá.

Y el maton se dirigió hácia el Puente Nuevo, donde halló á Merindol entretenido en contemplar su sombra á la luz de la luna. Los dos espadachines, despues de pasear á su alrededor una mirada investigadora para asegurarse de que nadie podia oirles, tuvieron, en voz baja, no obstante, una larga conversacion. ¿Qué dijeron? lo ignoramos; pero al separarse de Lampourde el agente de Vallombreuse, aquel hacia resonar oro en sus bolsillos con una insolencia que demostraba cuán temido era en el Puente Nuevo.